
GILARDI

LAS MUJERES DUEÑAS DE BIC

Había llegado a la entrada del café donde debía celebrarse la reunión.

Temblaba, pero no de miedo. Era ese temblor que hace una pregunta sencilla: ¿estoy haciendo lo correcto o he acabado por ir más allá del límite?

Había también otra pregunta: ¿qué gano yo con esta operación? ¿Qué objetivos me he escondido a mí mismo tan hondo que ni siquiera yo soy ya capaz de reconocerlos?

Metí la mano en una rosa que había expuesta, le arranqué tres pétalos y me perfumé la cara con ellos. La loción para después del afeitado no entraba en el presupuesto del viaje, pero no quería llegar llevando encima solo el olor de un hombre.

Estaba en la patria de Georges, hijo de L'Oréal, y esa empresa me había enseñado muchas cosas.

Puse la música de mi web como banda sonora de fondo. Por casualidad, la canción que empezó a sonar era la misma que mi padre y mi abuelo solían tocar juntos: mandolina y guitarra. Estaban conmigo. Entramos los tres juntos.

Chanel me vio de lejos y se acercó con un abrazo cálido, como si fuéramos viejos amigos que se reencuentran después de muchos años. Alta. Rubia. Ojos azules. El pelo recogido con esmero. Una presencia que cortaba la respiración, envuelta en un vestido azul marino. Por un momento casi me dieron ganas de preguntarle dónde podía encontrar una iglesia y casarme con ella en el acto.

Me condujo hacia la mesa. Seis mujeres esperaban. La reunión estaba a punto de empezar, y yo ya sabía que nunca habría enfrentamiento. Padecía un defecto congénito: sabía perder ganando.

Me presenté a cada una de las mujeres, sin tratar de identificar a la más importante de la mesa. Eso lo descubrí de forma natural unos diez segundos después.

La primera mujer me dijo su nombre y su apellido y, al más puro estilo del hombre Gillette, le besé la mano. Luego hice lo mismo con todas las demás mujeres de la mesa, ofreciendo una sonrisa a cada una y un: "Enchanté". Made in Calabria.

Solo después dije mi propio nombre, sin la menor duda de que todas y cada una de ellas sabían ya quién era yo.

Me preguntaron qué quería tomar, si me apetecía desayunar, quizá un pastelito. Les expliqué que el personal de mi hotel de siempre jamás me dejaría salir por la mañana sin haber presenciado antes un desayuno en condiciones. Todas se echaron a reír.

Luego me preguntaron si era mi primera visita a París. Les conté que años atrás había trabajado a orillas del Sena, en los jardines junto al río, recogiendo flores y llevándolas frescas cada mañana a la catedral de Notre-Dame. Lo había hecho a la espera de que la Virgen me concediera una gracia y organizara precisamente este encuentro con ellas seis. Nunca lo había dudado. Al fin y al cabo, era la promesa de una mujer.

Sonrieron. El ambiente se distendió. La empatía entró en la conversación.

Entonces una de ellas preguntó: “Señor Frega, ¿qué es lo que más le gusta de Francia?”

“¿Qué clase de pregunta es esa?”, respondí. “La respuesta es evidente”.

BIC.

La conversación tomó de inmediato un rumbo agradable.

Un poco más tarde decidimos continuar durante el almuerzo y caminamos unos cien metros por los Campos Elíseos. A lo largo de todo el paseo, sin embargo, no dejé de fijarme en los mismos tres o cinco hombres que nos observaban a distancia. Los había visto desde el primer momento. Y ellos me habían visto a mí. Eran de seguridad. Nunca demasiado cerca. Nunca demasiado lejos.

Entramos en un restaurante francés. El típico restaurante francés donde no se come casi nada y se paga una pequeña fortuna.

Llamé a Chanel. Vino hacia mí enseguida.

“¿Qué ha pasado?”

“Nos vamos”.

“¿Nos vamos?”

“Sí. Las llevo a todas a comer a un sitio”.

Durante un minuto entero se quedaron paralizadas. Que el invitado dirigiera el baile no era algo que estuvieran acostumbradas a ver. Pero mi propuesta fue tan convincente que todas me siguieron. Como gallinas detrás de un gallo. Aunque, bien mirado, estábamos en la tierra del gallo.

Llegamos a la primera pizzería y bocadillería que encontramos. Antes de entrar, me acerqué al dueño.

“Quisiera siete bocadillos, a cinco euros cada uno, bebida incluida”.

“Y pago yo”.

El acuerdo quedó cerrado. Y la buena impresión, también.

Entramos. Parecían completamente desconcertadas, como si cabalgaran sobre las alas de caballos voladores, incapaces de entender qué estaba pasando exactamente.

Estaban dentro de GILLETTENARRATIVE. Y ninguna de ellas lo sabía todavía.

Ferdinando